

poema de amor en estambul

al principio admiración e inseguridad.

el marco de la puerta conservó tres días seguidos
el olor de tu crema de manos:
cada vez que iba a salir por la ciudad
tocaba de pasada aquel lugar -

por lo demás, horario sin cambios.
ganas de fumar, prisa por no llegar tarde a los talleres,
preocupación por no olvidarme los regalos para la familia.

y la luz de Taksim ralentizándome,
deslizándose siempre por mis hombros
(una manta demasiado gruesa, un chal transparente).

después silencio: subía una calle y bajaba dos y
me paraba a la sombra para sacar el cigarro del paquete,
evitando los cuerpos con prisa de aquellos que, como tú,
desaparecían instantes después en su trabajo.

si me quedaba solo, levantaba la cabeza:
las banderas del Besiktas cortando el calor en dos,
la mano de un desconocido haciendo señales desde el balcón,
una gaviota silenciosa desapareciendo tras el instituto Galata.

y muchas otras cosas, ya olvidadas.

sin embargo de esto me acuerdo con precisión:
en la última noche en la terraza
tu mano derecha pasando rápidamente por el pelo
y tú, indiferente a su movimiento, mirabas el teléfono
(un lunar luminoso en la mejilla
y otro lunar luminoso sobre los labios) -

después, de repente, cerraste los ojos.
solamente unos segundos (puede que no fuera la tristeza,
puede aquella inesperada fragilidad) -
tan solo unas milésimas de segundo -
lo suficiente para haberme movido de mi sitio
y decírtelo.

pero solamente me encendí el cigarro
y alabé aquella ciudad desconocida.

la sonámbula

No había mucho que hacer (en Sibiu - oscuridad,
la pantomima de los artistas alemanes - una estupidez).

Salíamos por turnos al frío, fumábamos y sacudíamos las piernas
(el puente por el que habríamos podido desaparecer corriendo
no llevaba a ninguna parte). A veces reíamos,
a veces nos encogíamos de hombros
(una sola vez
nos quedamos solos: el pelo te bajó sobre los ojos,
las ascuas pasaron del filtro - no nos hablamos).

Ahora hace todavía más frío. Aquí, en Bistritz, donde
tú no has estado nunca,
el aire golpea como el vidrio
y el sueño cubre solamente la mitad del cuerpo -
la otra mitad está siempre escondida entre las mantas.

Medianoche. La cabeza se ha reverdecido
por la luz de la pantalla - escucho tu música.

De vez en cuando estrujo contra el pecho una bolsa de gusanitos.
(estoy solo, te dije.
los que están solos tienen el mejor insectario, me respondiste de
inmediato.
soy una religiosa que baila,
una Mantis rubia y saciada
que se acaba de arrojar al vacío -
cógeme, pero cuanto más tarde, mejor)

Casi las tres de la mañana: los pies se me han quedado helados,
la música se está acabando.

Un hombre joven todavía en la ventana del salón,
soñando con una mujer que existe solamente en fotografías.

Aquí, en Bistritz, adonde tú no vendrás,
la soledad se termina rápido:
el sol todavía medio escondido cuando me cierro la chaqueta, salgo de
casa
y me hago invisible.

un ave alta

por un lado, permanece la hermosura.
una fotografía tuya en la playa
que ilumina noche tras noche
el rostro de un hombre cansado,
inclinado sobre la pantalla,
alejando a ratos las moscas
atraídas por el fuerte sol del litoral
rumano.

la hermosura permanece. una fotografía de verano salvada
en el ordenador.

nada real, una mujer del tamaño de una langosta
alejándose sobre la arena.

y una luz rojiza

saliendo solo a medias del monitor,

rodeando la frente arrugada,

que hace que parezca una maceta con flores.

por otro lado, la vida. el manso sol de primavera

calentando una ciudad del norte. la moralidad,

el cuidado de los seres queridos, los cursos de lógica en
el mejor instituto.

seres sentimentales, amor,

respeto y costumbre. y un ave alta,

una especie de flamenco callado,

planeando largamente sobre el que

vuelve a casa

como si fuera un lugar abandonado.

tan solo ella

soñé que la mariposa-labrador
volaba sola por Grigore Bălan,
de aquí para allá,
con la cabeza inclinada

soñé con ciudades de suecia

una mujer anciana escurriendo el sol como una camisa
sobre un balde

soñé con d.h.,
joven e inesperadamente hermosa
que escuchaba la radio en casa de mis abuelos,
y sorbiendo de una taza de leche caliente

soñé con senos más pequeños que un colibrí,
manos secas, los sexos enormes de unos conocidos

soñé con el día en el que se termina para siempre el placer

soñé con un niño que jugaba en los huertos de café,
avanzando lentamente entre la nata que crujía como la hierba seca

soñé con la lengua italiana, la montaban unos adolescentes en una mesita
de piezas de colores de lego

y durante este tiempo, mientras yo dormí y soñé,
ella durmió muy lejos de mí
y me soñó

transcribía cada uno de mis sueños
después volvía a soñar
para asegurarse de que anotaba absolutamente todo

cuando aparecía la luz nos despertábamos cada uno en otro sitio y
empezábamos la vida,
íbamos al trabajo, a la compra,
cuidábamos a otros,

y fuera nevaba, era una nieve azul y blanda, además
la mariposa-labrador volaba sola por Grigore Bălan,
de aquí para allá,
con la cabeza inclinada

no nos reconocía

Traducido por Elena Borrás - hola@elenaborras.com

ven y verás:

mi cabeza es un armarito con medicamentos
un sitio aséptico y fresco
el rectángulo de contrachapado proyectado para su seguridad
desliza tu mano y coge las pastillas frescas
enseguida te ayudarán a olvidar

ven y verás:

mi cabeza es un osito de peluche
blando y antialérgico
puedes dormir con él en brazos,
puedes regalárselo a una familia con un bebé,
límpiale el polvo, sacúdelo contra la pared, tíralo por la ventana
te esperará inmóvil en la hierba seca

ven y verás:

mi cabeza es un ave disecada
el pez de cristal sobre el televisor
la princesa de porcelana encerrada en la vitrina
que los invitados alaban a corta distancia
la hucha que espera bajo la cama
a que la rompan en mil pedazos

ven y verás:

mi cabeza es una ciudad del norte
soledad y tranquilidad golpean más fuerte que una enfermedad
la sala de profesores llena de pobres idiotas
la calle desierta, la panadería
el aire seco que te entra como lana en los ojos

ven y verás

mi cabeza es un increíble huerto de café
olvidado en un cajón en el balcón, en pleno invierno
cuando la luz ya no tiene fuerza y la tierra está ya congelada

el huerto de café sobre el que la nieve
tiembla como una cría ciega de gato abandonada a principio de la noche
junto a una valla.

Dan Coman, del volumen *El insectario Coman*, 2017

Traducido por Elena Borrás - hola@elenaborras.com